



Matilde Montoya:  
primera médica mexicana

Ana María Carrillo





Matilde Montoya:  
primera médica mexicana

Ana María Carrillo

Premios DEMAC 2001-2002



México, 2002

Agradecemos al Archivo Histórico de la UNAM y al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional la autorización para reproducir fotografías de sus acervos.

*Matilde Montoya: primera médica mexicana*  
por  
Ana María Carrillo

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2002, por  
**Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.**  
José de Teresa 253,  
Col. Campestre  
01040, México, D.F.  
Tel. 5593 5850 Fax 5662 5208  
Correo electrónico: [demac@startnet.net.mx](mailto:demac@startnet.net.mx)  
[demac2@prodigy.net.mx](mailto:demac2@prodigy.net.mx)

Impreso en México

**ISBN 968-6851-36-4**

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

## ÍNDICE

Presentación .....	7
La mujer mexicana ingresa a la medicina diplomada.....	9
Entre el rechazo y la exaltación: la respuesta de la sociedad y de la profesión médica .....	14
Vida familiar y primeros estudios .....	24
Obstáculos y apoyos .....	29
De bisturíes y cacerolas .....	35
¿Profesión médica <i>versus</i> esencia femenina? .....	42
La Montoya y el feminismo .....	55



---

## PRESENTACIÓN

Ana María Carrillo, ganadora del Premio DEMAC *para mujeres que se atreven a contar su historia 2001-2002*, en la categoría de Biografía, por su obra **Matilde Montoya: primera médica mexicana**, nos cuenta:

Nací en la ciudad de México en 1953. La vida me ha llevado por caminos diversos.

Di clases de inglés, y he trabajado como correctora, redactora y traductora en varias casas editoriales. Estudié ceremonia del té en Japón, y fui consultora de lactancia. Llevar en el vientre y amamantar a mi hijo han sido dos de los mayores placeres de mi vida.

Hice la licenciatura en Sociología, y la maestría y el doctorado en Historia; mi gusto por el estudio es sólo equiparable al que tengo por la docencia. Por destino, llegué hace dieciocho años a la Facultad de Medicina de la UNAM, donde aún trabajo. Me apasiona leer “papeles viejos” y tratar de reconstruir un trozo de historia con ellos.

Confieso que hablo demasiado y, a pesar de ello, a veces me quedo con cosas por decir; entonces me pongo a escribir.



## LA MUJER MEXICANA INGRESA A LA MEDICINA DIPLOMADA

El ruido de los coches de los maestros detenidos en la puerta de la Escuela Nacional de Medicina, los cinco golpes metálicos dados con lentitud por el reloj de la iglesia de Santo Domingo e, inmediatamente después, el tañido de la campanilla, debieron de estremecer a Matilde Montoya la tarde del 24 de agosto de 1887. En el salón donde iba a ser examinada, se encontraban —además de su madre, sus condiscípulos y sus maestros— damas de la élite porfiriana; notabilidades en medicina, ingeniería y derecho; redactores de periódicos; el secretario de Gobernación, don Manuel Romero Rubio, y el mismísimo general don Porfirio Díaz. Y es que algo inusual estaba a punto de ocurrir: por primera vez en la historia de México, una mujer iba a presentar su examen profesional para optar por el título de médica.

Frente a ella estaban los seis austeros y exigentes catedráticos que habrían de examinarla: Maximiliano Galán, José María Bandera, José G. Lobato, Fernando Altamirano, Nicolás Ramírez de Arellano e Ignacio Capetillo (especializados, respectivamente, en enfermedades del corazón, oftalmología, higiene, farmacología experimental, medicina legal y ginecología). Ante la dureza de esos mismos sinodales, temblaban los estudiantes de medicina en el periodo de exámenes cada octubre; también en esa ocasión fueron severos.

Durante las dos horas reglamentarias en que interrogaron a Matilde acerca de la escarlatina, las afecciones cardíacas, la microbiología y la higiene, no se oyó ni el sonido de la respiración de

los concurrentes. Ella contestó con voz trémula a la primera pregunta, pero después, su aplomo dejó ampliamente complacido a su jurado, incluyendo a don Porfirio que, como una formalidad, lo presidía. Al final del interrogatorio se escuchó un prolongado aplauso en la galería y los corredores del edificio.

Hubo críticas al hecho de que el examen se realizara en el “cuarto de los trebejos” (en realidad, en el salón en que sesionaba la Sociedad Filoiátrica de Beneficencia de Alumnos), y no en el salón de actos de la Nacional de Medicina, como se había anunciado y correspondía a la dignidad del primer mandatario, y para lo cual no podían ser excusas ni la modestia de éste ni la sencillez republicana.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Matilde se presentó en el Hospital de San Andrés —que estaba situado en lo que hoy es el Museo Nacional de Arte y que desde 1779 era el hospital general de la ciudad de México—, donde iba a tener lugar su examen práctico ante los mismos seis profesores. Estaba muy nerviosa; aseguraba a sus amigos que no tenía valor para continuar, pero ellos la animaron a llegar hasta el final. En esta ocasión, el examen estuvo presidido por el señor Romero Rubio, en representación del general Díaz.

Matilde y sus sinodales recorrieron varias salas lóbregas, húmedas y malolientes, como todas las otras del San Andrés; cada miembro del jurado le señaló un paciente como caso clínico, y ella hizo con seguridad el diagnóstico y el pronóstico de los enfermos.

Por último, pasaron al anfiteatro —lugar destinado a la inspección cadavérica—, en el que había una plancha con restos mortales, sillones para los catedráticos y una gradería de asientos en hemiciclo. Después de esta última prueba, en que Matilde mostró entereza y seguridad en el manejo del bisturí, otro tañido de campanilla señaló el final del examen.

Como era costumbre, los miembros del jurado sesionaron en secreto y protestaron que votarían lealmente según su conciencia;

una multitud esperaba el inapelable fallo. Empezando de izquierda a derecha y terminando con el doctor Galán, que era el presidente, procedieron a depositar en un ánfora –sin posibilidad alguna de rectificación– las bolas que señalarían su dictamen: blancas, de aprobación de la aspirante, o negras, de reprobación. Cuando el doctor Galán depositó su voto, había en el ánfora seis bolas blancas.

En el momento en que se escuchó la frase: “Aprobada por unanimidad”, hubo una salva de nutridísimos aplausos y el secretario de Gobernación dirigió a la nueva facultativa un emotivo discurso que era un elogio al sexo femenino, y que Matilde no pudo terminar de escuchar: al fin mujer del XIX, se había desmayado a causa de la emoción y el esfuerzo. Se recuperó con el auxilio de sus maestros, y escuchó entonces a María Argüeno declamarle un poema escrito para esa ocasión.

La costumbre era entregar el título algunos días después del examen, pero Romero Rubio propuso, como cortesía hacia la primera médica mexicana, que se le diera en ese momento, y él mismo lo hizo. En ese edificio colonial, donde había recibido la enseñanza clínica y de cirugía, le fue entregado el pliego que la autorizaba para ejercer su profesión; era ya “médica cirujana partera”. Profesores, estudiantes y personas notables hicieron después una valla para escoltar su salida.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Para recrear el examen profesional de Matilde Montoya consulté las noticias aparecidas en once periódicos (citas 4 a 14); también las descripciones de los exámenes en la Escuela de Medicina, de acuerdo con la novela *Pacotillas*, de Porfirio Parra, Barcelona, Salvat e Hijos, 1900; un trabajo retrospectivo de Gabriel M. Malda, “A la memoria del señor doctor José Ramón Icaza”, *Gaceta Médica de México*, vol. LXXVI, núm. 2, abril de 1946, pp. 157-164; así como el “Reglamento interior de la Escuela Nacional de Medicina”, Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHUNAM), *Escuela Nacional de Medicina*, Dirección, Secretaría, reglamentos, caja 27, exp. 2, f. 8-21, 1880.

# Escuela Nacional de Medicina de México

Reunidos en la Sala de Exámenes de la Escuela Nacional de Medicina, y en la de Operaciones del Hospital de S. Andrés en los días 24 y 25 de Agosto de 1887 los Ciudadanos Catedráticos propietarios y adjuntos que suscriben, procedieron al examen general en Medicina, Cirugía y Obstetricia de la alumna Srta Matilde Montoya. Concluido el catequismo y hecha la votación conforme á la ley, resultó el candidato aprobada por unanimidad

Sinodal Presidente,

*R. M. ...*

2º Sinodal,

*José ...*

3º Sinodal,

*J. M. ...*

4º Sinodal,

*Cristóbal ...*

5º Sinodal,

*F. A. ...*

El Secretario,

*M. ...*

La presencia de Díaz y otras altas autoridades en su examen dio legitimidad al mismo. La escritora Gimeno de Flaquer diría días después que, con su asistencia, el presidente de la República no había rendido un tributo de galantería a una mujer, sino que había franqueado a todas las mujeres las puertas al templo de Minerva, sancionando el derecho de éstas a ilustrarse, a poseer títulos universitarios y a ejercer una profesión. “Ya lo sabéis –decía a sus congéneres–: se os concede ampliamente el derecho de ilustraros”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Concepción Gimeno de Flaquer, “La primera doctora mexicana”, *El Monitor Republicano*, México, 3 de septiembre de 1887, pp. 1-2: 1. El mismo artículo fue publicado en *El Álbum de la Mujer*, vol. IX, núm. 10, México, 4 de septiembre de 1887, pp. 74-75: 74.



## ENTRE EL RECHAZO Y LA EXALTACIÓN: LA RESPUESTA DE LA SOCIEDAD Y DE LA PROFESIÓN MÉDICA

No debió de haber sorprendido a Matilde, aunque quizá la lastimó, el silencio de la prensa médica: ni en la *Gaceta Médica de México* (órgano de la Academia Nacional de Medicina), ni en el periódico *La Escuela de Medicina* apareció la noticia, a pesar de que dos de los sinodales –Bandera y Ramírez de Arellano– eran, respectivamente, presidente y tesorero de la Academia, y de que *La Escuela de Medicina* anunciaba de manera regular los exámenes de los nuevos facultativos.

*El Observador Médico* y otros periódicos de asociaciones médicas que habían sido vehementes en afirmar que la medicina, dijérase lo que se dijera, siempre estaría interdicta a la mujer,<sup>3</sup> ignoraron también la noticia. A nombre personal, algunos de sus compañeros de estudios escribieron encomios acerca de la primera médica mexicana, pero no por casualidad lo hicieron con seudónimos.

Lo opuesto ocurrió con la prensa política y social. Al lado de las noticias sobre la huelga de los maquinistas del Ferrocarril Central, que de acuerdo con la prensa iba acompañada de desórdenes hasta entonces desconocidos en México, como el descarrilamiento provocado del tren de San Juan del Río; la más pacífica huelga

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Egea y Galindo y Juan Ramírez, “De los individuos que carecen de título legal para ejercer las profesiones que lo requieren en su ejercicio, según el artículo 3º de la Constitución federal”, *El Observador Médico*, vol. III, núm. 9, 1 de noviembre de 1874, p. 133.

por aumento de jornal de las cigarreras; el asesinato de protestantes a manos de indígenas fanatizados por curas católicos en Guerrero; y una epidemia de viruela que hacía estragos en Sonora; aparecieron artículos que la exaltaban en periódicos radicales, moderados y conservadores.

*El Diario del Hogar* aseguraba, el 1 de septiembre, que el acontecimiento de más interés en la semana había sido la titulación de Matilde Montoya, cuyos pasos en la ciencia se habían seguido ahí hacía mucho; ese logro probaba a los hombres que se oponían a que las mujeres estudiaran, que éstas podían dedicarse a la enseñanza, la literatura, las artes y hasta las ciencias.<sup>4</sup>

“¡Honra y gloria a la primera doctora mexicana!”, decía *El Monitor Republicano*.<sup>5</sup>

Matilde Montoya –apuntaba *El Nacional*– no había obtenido su título con favores o influencias, sino gracias a su esfuerzo, tesón, dedicación e inteligencia; le auguraba un porvenir brillante.<sup>6</sup>

*El Lunes* la llamaba “dama heroica de nuestra patria”.<sup>7</sup>

En opinión de *El Álbum de la Mujer* –cuya primera página fue totalmente ocupada por un retrato de Matilde–, el examen de ésta demostraba que las representantes del sexo femenino estaban dotadas de excelentes condiciones para dedicarse a la medicina.<sup>8</sup>

*El Siglo XIX* felicitaba a la primera mujer que había llegado hasta “el último peldaño del templo de Hipócrates”, y afirmaba que, por fortuna, no sería la última.<sup>9</sup>

Para *El Monitor del Pueblo*, Matilde había sido remontada “en alas de la constancia al esplendoroso cielo de la ciencia”.<sup>10</sup>

<sup>4</sup> *El Diario del Hogar*, México, 1 de septiembre de 1887, p. 1.

<sup>5</sup> *El Monitor Republicano*, México, 27 de agosto de 1887, p. 3.

<sup>6</sup> *El Nacional*, México, 27 de agosto de 1887, p. 3.

<sup>7</sup> *El Lunes*, México, 29 de agosto de 1887, p. 2.

<sup>8</sup> *El Álbum de la Mujer*, México, 4 de septiembre de 1887, pp. 74-75.

<sup>9</sup> *El Siglo XIX*, México, 27 de agosto de 1887, pp. 1-2.

<sup>10</sup> *El Monitor del Pueblo*, México, 25 septiembre de 1887, p. 4.

*Las Hijas del Anáhuac* decía que el examen de Matilde era una prueba de que las mujeres estaban ávidas de nutrir su cerebro por medio del estudio, y una esperanza para éstas de poder ganar el pan sin necesidad de malvivir dedicadas a la costura o a la prostitución.<sup>11</sup>

*El Hijo del Ahuizote* proponía a todas las clases sociales proteger de manera decidida a la nueva médica, como un premio a su perseverancia, y un estímulo para que las jóvenes siguieran su ejemplo.<sup>12</sup>

En opinión del *El Tiempo*, su titulación cambiaba favorablemente el porvenir de la mujer en México.<sup>13</sup>

“¡Gran paso al progreso!”, decía el *Diario Oficial de Guanajuato*, refiriéndose al hecho.<sup>14</sup>

La actitud de sus contemporáneas osciló del rechazo absoluto a la veneración. De acuerdo con la prensa, muchas señoras y señoritas —con vestidos lujosos que contrastaban con el sencillo de Matilde— habían estado en su examen pasmadas de asombro, y se les habían oído objeciones en el siguiente tenor:

No era natural que Matilde se entregara al estudio de una profesión tan chocante y tan poco de acuerdo con las inclinaciones de su sexo, que por instinto repugnaba los espectáculos cruentos, al que aterrizzaba la efusión de sangre,<sup>15</sup> y que se apartaba con asco indomable de la inmunda plancha del anfiteatro anatómico y del pobre lecho del hospital caritativo.

<sup>11</sup> *Las Hijas del Anáhuac*, vol. I, núm. 1, México, 4 de diciembre de 1887, página 78.

<sup>12</sup> *El Hijo del Ahuizote*, México, 4 de septiembre de 1887, p. 7.

<sup>13</sup> *El Tiempo*, México, 28 de agosto de 1887, pp. 1 y 4.

<sup>14</sup> *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Guanajuato*, Guanajuato, 27 de agosto de 1887, p. 3.

<sup>15</sup> Era curioso que plantearan que las mujeres no soportarían ni ver la sangre, cuando —como otras estudiosas han señalado— la vemos todos los meses.

EL  
**ALBUM DE LA MUJER**

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA. CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER



<b>PRECIO DE SUSCRICION.</b> En el extranjero... 5.00 En las Américas... 3.00 En las Indias... 2.00	<b>AÑO V.—TOMO IX.—NÚM. 10</b> MÉXICO, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1887.	<b>CONDICIONES DE LA SUSCRICION.</b> El Album de la Mujer se publica todos los domingos... En los días de ferias... La suscripción se paga adelantado.
--	--	---



MATILDE MONTOVA, Primera Doctora Mexicana

Anormal era también que subordinara sus sentimientos de conmiseración femenina al imperioso y helado mandato de la ciencia que había de obligarla a amputar un brazo o a desarticular un fémur.

Resultaba imposible que sus manos, al inyectarse con la cálida sangre que brotaba de una herida abierta, dejaran de sufrir contracciones de espanto que la imposibilitaran para seguir manejando con acierto el acerado instrumento quirúrgico.

Las corruptas emanaciones de la materia o el sutil vapor de la sangre estragarían por fuerza su olfato, y no podrían sus oídos escuchar impasibles los ayes de dolor o el ronco estertor del que agonizaba.

Otras, en cambio, “ávidas de existir por sí mismas” –para utilizar la frase de Michele Perrot– fueron absolutamente entusiastas.

La escritora y editora Laureana Wright señaló que la recepción de la Montoya era un acontecimiento notable por mil conceptos en los anales del adelanto femenino. Lo veía no sólo como el triunfo del estudio y del trabajo o como una aspiración particular satisfecha, sino como un derecho negado que se conquistaba, y una esclavitud moral que se rompía.<sup>16</sup>

Muchas mujeres la llamaron “hermana de corazón”, “modesta y virtuosa”, “redentora de su sexo”, y le escribieron poemas que respondían al gusto de la época. Camerina Pavón y Oviedo, le cantó:

Quiero, Matilde, en nombre de mi sexo  
dedicarte mi canto enternecida  
porque has abierto un porvenir brillante  
a la mujer en la azarosa vida.  
[...]

<sup>16</sup> Laureana Wright de Kleinhans, “La recepción de la señorita Matilde Montoya”, *El Diario del Hogar*, México, 2 de septiembre de 1887, p. 1.

Inscrito está tu nombre en nuestra historia  
porque al tomar valiente el escalpelo  
nulificaste a la opinión odiosa  
que a la mujer negaba alzar el vuelo.

[...]

Aún tienes que luchar: pero no importa  
que el mundo admirará tu asiduidad  
cumple con tu misión, noble doctora  
para bien de la pobre humanidad.<sup>17</sup>

Francisca Carlota Cuéllar le aseguraba:

[...]

Los hombres progresistas han de aplaudirte  
las mujeres no cesan de bendecirte  
pues por tu ejemplo  
entran ya de las ciencias al sacro templo  
a ese templo que estuvo siempre cerrado  
a nuestro sexo débil y esclavizado.<sup>18</sup>

Y Dolores Correa, directora del periódico feminista *La Mujer Mexicana*, escribió de ella:

Vivir para el amor y el sentimiento,  
consagrarse al hogar, a la ternura,  
sacrificar talento y hermosura  
en aras del hogar, es el talento  
de buscarse la gloria sin tormento,

<sup>17</sup> Camerina Pavón y Oviedo, “A la señorita Matilde Montoya, primera doctora en medicina en la Facultad de México”, *El Diario del Hogar*, México, 8 de septiembre de 1887, p. 2.

<sup>18</sup> Francisca Carlota Cuéllar, “A la primera doctora e inspirada poetisa, señorita Matilde Montoya”, *El Diario del Hogar*, México, 11 de septiembre de 1887, p. 2.

de brindar el placer sin amargura,  
es llenar su misión sublime pura,  
en su atmósfera propia, en su elemento.  
Pero sensible, débil y cautiva  
con tu siglo, con tu alma y con la ciencia,  
luchar venciendo, cual venciste altiva  
es cambiar por ti misma tu existencia  
de suave, perfumada y sensitiva  
en astro de brillante refulgencia.<sup>19</sup>

¿Y los hombres? En opinión de algunos, ninguna mujer ilustrada podía ser buena esposa o tierna madre y, en particular, la que se dedicara a la medicina tendría que hacer tabla rasa del corazón, los sentimientos, la dulzura, la timidez y el recato. La sociedad y las costumbres no podían sufrir transformaciones tan radicales. En fin: “El deseo de trastornar tan en absoluto la condición de la mujer, [era] una *manía* que no [podrían] curar ni las más hábiles mujeres dedicadas a la medicina”.<sup>20</sup>

Pero, entre los varones, la primera médica mexicana tuvo también sus partidarios incondicionales:

¿Supo Matilde, o al menos sospechó, quién era el “admirador apasionado aunque incógnito” que se firmaba “Cero a la Izquierda”, y escribió para alabar la abnegación, la perseverancia y el talento de la primera mujer mexicana que se había convertido en médica, “honrándose a sí misma y enalteciendo a su sexo y a su

<sup>19</sup> Dolores Correa Zapata, “A la señorita Matilde Montoya, primera médica recibida en México”, *Las Hijas del Anáhuac*, vol. I, núm. 4, México, 25 de diciembre de 1887, p. 47. Este poema fue reproducido años después en *La Mujer Mexicana*, vol. I, núms. 11 y 12, México, noviembre de 1904, p. 11.

<sup>20</sup> Montanier citado en *El Correo de las Señoras*, vol. V, núm. 33, México, 16 de enero de 1887, pp. 513-515. [Subrayado en el original.]

patria [...] y marcando el camino de emancipación de la mujer por el estudio y la ciencia”<sup>21</sup>

El mismo que afirmaba: “Era ya tiempo de que en México una Eva innovadora desgarrara con mano atrevida el absurdo código que sujeta a la mujer a la insoportable y exclusivista tiranía del hombre, que hasta ahora sólo ha querido considerarla como banal objeto de placer [...] propia nada más para el ostentoso adorno de salón”.<sup>22</sup>

La gran fecha que dividía la vida de las mujeres decimonónicas era la del matrimonio; la de Matilde fue la de su examen profesional. Para las y los defensores del derecho de la mujer a la educación, ese acontecimiento fue un parteaguas; un torneo en el que se proclamó, como axioma indiscutible, el vigor del pensamiento en el cerebro femenino, y en el cual ella fue la triunfadora.

A Matilde Montoya se le vio como una heroína de la ciencia. Ciertamente Margarita Chorné había obtenido el título de dentista un año antes que ella,<sup>23</sup> pero en esa época no había estudios universitarios de odontología. Quienes deseaban obtener el título y habían realizado algún aprendizaje al lado de un dentista, podían presentar su examen en la Escuela de Medicina, sin necesidad, tampoco, de haber estudiado la preparatoria.<sup>24</sup> El examen era sólo teórico, y realizado por médicos que no sabían de práctica dental. Por ello, la prensa y las asociaciones femeninas hablaban de Matilde como la primera mujer mexicana que se había atrevido a presentarse en una escuela profesional, y obtenido luego un título científico.

<sup>21</sup> “Cero a la Izquierda”, “Carta abierta a la señorita Matilde Montoya, primera doctora mexicana, *El Siglo XIX*, México, 27 de agosto de 1887, pp. 1-2.

<sup>22</sup> *Idem*.

<sup>23</sup> Sobre la vida de la primera dentista mexicana, consúltese Martha Díaz de Kuri, *Margarita Chorné y Salazar*, México, Demac, 1998.

<sup>24</sup> Gabriela Cano, *De la Escuela de Atos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras. Un proceso de feminización (1910-1929)*, México, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996.

Además, se consideraba que no había estudios más arduos ni más impropios para las mujeres que los de medicina. Gabriel Malda relata que en aquella época muchos alumnos anclaban en los primeros años de la carrera; abandonaban por completo los estudios universitarios o cambiaban de profesión. Los que pasaban terminaban agotados, neurasténicos, psicasténicos, y aun tuberculosos, por las prolongadas vigiliadas, el agotamiento nervioso, y el gasto de las defensas orgánicas.<sup>25</sup>

Los estudios de medicina implicaban cinco años de trabajo en las aulas, los anfiteatros y los hospitales; exámenes orales ante cinco o seis sinodales en todas las materias; examen profesional teórico y práctico —en el que los candidatos a médicos debían coordinar sistemáticamente todos los estudios hechos durante cinco años—, y la elaboración de un trabajo escrito que debía ser publicado.

La tesis de la Montoya versó acerca de técnicas de laboratorio en las investigaciones clínicas. En ella abordó el tema, entonces poco conocido, de la bacteriología,<sup>26</sup> a la que definió como una fuente fecunda para ver lo que antes había sido el misterio de los misterios: la etiología o causalidad de las enfermedades. Expuso, entre otros aspectos, los procedimientos generales de técnica microbiológica, la preparación de líquidos y tejidos, y la coloración de las preparaciones.<sup>27</sup>

Sostuvo que los nuevos descubrimientos daban una explicación científica, contraria a la idea de que las enfermedades epidémicas eran resultado de la incuria de los individuos o los pueblos.<sup>28</sup> Afir-

<sup>25</sup> Gabriel M. Malda, *op. cit.*

<sup>26</sup> La bacteriología existió como especialidad en la Escuela Nacional de Medicina de México precisamente desde 1887, y como materia obligatoria para los estudiantes de medicina desde 1897.

<sup>27</sup> M. P. Montoya, *Técnicas de laboratorio en algunas investigaciones clínicas*, México, Tipografía de Filomeno Mata, 1887.

<sup>28</sup> Quizá por una falta de cuidado en la lectura de este trabajo, Francisco Fernández del Castillo atribuye a Matilde Montoya exactamente la afir-

mó también que las ciencias médicas habían entrado en una época de gran progreso, y que había que seguir buscando los verdaderos remedios para las enfermedades infecciosas, de modo que el médico pudiese aspirar al “honroso título de defensor de la humanidad doliente”.<sup>29</sup>

Dedicó esta tesis recepcional a la persona que la había impulsado más que otra alguna a ser médica y le había infundido valor cuando el desaliento la abatía: su madre, Soledad Lafragua.

---

mación contraria; la de que la enfermedad es resultado de la ignorancia de los pueblos y los individuos, y castigo a su incuria. Véase su trabajo, “Matilde Montoya”, *Revista de la Facultad de Medicina de México*, vol. XXV, núm. 3, 1982, pp. 41-45.

<sup>29</sup> M. P. Montoya, *op. cit.*, p. 23.

## VIDA FAMILIAR Y PRIMEROS ESTUDIOS

Soledad<sup>30</sup> –oriunda de Puebla– había quedado huérfana desde muy pequeña, por lo que vivía con las hermanas de San Vicente de Paul, y debía haber tomado los hábitos de hija de la congregación al cumplir 15 años. Cuando aún tenía 13, se le comisionó para cuidar a los enfermos del Hospital General de San Andrés (el mismo donde su hija después estudiaría).

Un día se presentó en el nosocomio el joven militar José María Montoya, y al saber que su mozo, al que iba a visitar, había muerto, dejó a la muchacha el pañuelo que le llevaba con cigarros y bizcochos, y le solicitó que los repartiera entre los demás enfermos. Volvió por su pañuelo a los 15 días, y –de acuerdo con los usos amorosos de la época– entregó a Soledad un mensaje en que le declaraba su amor y la pedía en matrimonio.

Formalizaron su relación de inmediato, y a los 15 años ella amamantaba a su primer hijo, al cual su suegra no le permitió educar. Tuvo después una hija, que murió antes de haber caminado. Volvió a quedar embarazada, y el 14 de marzo de 1857, día en que Coahuila enfrentaba incursiones de los indios bárbaros, Sinaloa preparaba la defensa para resistir a una invasión pirática preparada desde la Alta California, y las fuerzas políticas comenzaban a

<sup>30</sup> La biografía de Matilde P. Montoya, escrita por Laureana Wright de Kleinhans y publicada en *Las Hijas del Anáhuac*, vol. I, núm. 5, 1 de enero de 1888, pp. 51-54, es aquella en la que se han basado casi todas las noticias biográficas posteriores, y fue reproducida en su obra póstuma *Mujeres notables mexicanas*, México, Tipografía Mexicana, 1910, pp. 534-542. Ahí mismo fue publicada la biografía de Soledad Lafragua, pp. 529-534.

manifestarse respecto de la Constitución liberal promulgada el 5 de febrero anterior, Soledad dio a luz, con la ayuda de una partera, a su última hija, Matilde Petra Montoya Lafragua, quien en el futuro ayudaría a parir a tantas mujeres.

A los once años, Matilde había completado su educación primaria; tuvo luego un maestro particular para perfeccionar sus estudios y presentar examen para profesora. Lo solicitó, pero se lo negaron por ser menor de edad; se le dijo que se le concedería a los 16 años.

Decidió prepararse como partera en la Escuela Nacional de Medicina, donde los estudios implicaban dos años de asistencia a la cátedra especial de obstetricia; la presentación del examen correspondiente a cada año escolar (el primer examen versaba sobre la parte anatómica y fisiológica de los órganos genitales femeninos, la historia de la preñez y la teoría de los partos naturales; y el segundo, sobre la práctica de los partos y las operaciones simples, sobre los cuidados que reclamaban madre y niño, y sobre los accidentes que podían venir a uno y otro después del alumbramiento, y el modo de remediarlos); y seguir la correspondiente clínica.<sup>31</sup>

Para demostrar que tenía la edad competente, presentó una fe de bautismo en la que se asentaba que Tiburcia Valeriana Montoya Lafragua había nacido el 16 de abril de 1852. (Este cambio de nombre y fecha de nacimiento le traería más tarde problemas que, sin embargo, se solucionarían.)<sup>32</sup> En mayo de 1870 estaba ya inscrita en la carrera de obstetricia, pero un año después abandonó los estudios a causa de una enfermedad en los ojos y de la muerte de su padre.

<sup>31</sup> Francisco Flores, *Historia de la medicina en México. Desde la época de los indios hasta la presente*, 4 vols., México, Secretaría de Fomento, vol. III, 1886.

<sup>32</sup> Cecilia Galván González *et al.*, “Matilde Montoya, la búsqueda por el reconocimiento femenino en la medicina mexicana”, *Revista de la Facultad de Medicina*, UNAM, vol. XXXVIII, núm. 1, México, enero-marzo de 1995, pp. 3-7.

En 1871 Matilde se fue a vivir a Cuernavaca; ahí intervino en un parto complicado de una mujer en peligro de muerte, con tan feliz resultado, que el jefe político la invitó a ejercer la obstetricia. Como carecía de título, se formó un jurado integrado por los médicos Iriarte y Morquecho, quienes la examinaron y la declararon apta, lo cual era una práctica común en esa época en los lugares donde no había escuelas ni profesionales de la salud.

Ejerció la obstetricia en Morelos con buen éxito hasta mayo de 1872, en que regresó a México. Volvió a inscribirse en la Nacional de Medicina y realizó su práctica en la Casa de Maternidad, que estaba situada en la hoy calle de Revillagigedo, en el mismo lugar en que en la época colonial había estado el departamento de partos ocultos, y donde daban a luz mujeres pobres y solteras.

Recibió, también, instrucción particular del médico obstetra Manuel Gutiérrez (maestro de varias generaciones de médicos y parteras), y después de “sufrir examen general” —como entonces se decía—, a la cabecera de las enfermas de la Casa de Maternidad, y ante los destacados catedráticos José Espejo, Luis Martínez del Villar, Ildefonso Velasco e Ignacio Tornel, obtuvo su título de partera el 12 de mayo de 1873.<sup>33</sup> En esa época, la Cámara de Diputados discutía la incorporación de las leyes de Reforma a la Constitución, y el Estado mexicano buscaba dar a la instrucción gratuita también el carácter de obligatoria.

Ese mismo año pudo practicar en el Hospital de San Andrés, con apoyo del doctor Gallardo, quien la recomendó al médico Luis Muñoz, director de la sala de cirugía de mujeres. Se constituyó Muñoz en su protector, tratándola prácticamente como hija, y la instruyó durante dos años en enfermedades de señoras.

<sup>33</sup> Archivo Histórico de la Facultad de Medicina-Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHFM-UNAM), *Escuela de Medicina y alumnos*, vol. VI, leg. 46, exp. 51, 9 f.

Aprendió también la pequeña cirugía al lado de Manuel Soriano. Al tiempo que estudiaba con él, Matilde recibía clases particulares de latín, raíces griegas y matemáticas y, para su sostenimiento, daba clases de ramos primarios en un colegio. Como estudiaba por las noches y casi no dormía, acabó enfermando.

En 1875 se instaló en Puebla, donde pronto tuvo una gran clientela de obstetricia y enfermedades de señoras. Las mujeres la preferían sin duda por ser mujer, pero además porque los médicos de esa época tenían poquísima experiencia práctica en obstetricia, no eran pacientes y, con frecuencia, recurrían a prácticas agresivas: de manera rutinaria sangraban a las embarazadas y puérperas; impusieron la posición de decúbito supino o francesa –cómoda para el ginecólogo, pero la más inadecuada para dar a luz–; hacían una administración irracional de los ocitócicos, lo que llegaba a causar retención de placenta; empleaban el fórceps en casi todos los partos y con no poca frecuencia causaban al feto luxación del maxilar inferior o traumatismos oculares, o provocaban ruptura del útero.<sup>34</sup>

Algunos médicos se sintieron amenazados y persiguieron a Matilde durante cuatro meses, para lo cual contaron con la ayuda de *El Amigo de la Verdad. Periódico Religioso y Social Dedicado a la Instrucción del Pueblo*, el cual la acusó de masona y protestante. Matilde acabó perdiendo su clientela y decidió irse a Veracruz. Sus pacientes, sin embargo, comprendieron el juego en el que habían caído y volvieron a llamarla; regresó a Puebla en 1880.

Soledad hubiera deseado que Matilde fuera varón para hacerla médico, pues su hijo no quería seguir esa carrera; fue ella, en realidad, quien concibió la idea de que Matilde fuera la primera médica mexicana. Ésta pensó ir a Estados Unidos para estudiar la

<sup>34</sup> Ana María Carrillo, “Nacimiento y muerte de una profesión: las parteras tituladas en México”, *Dynamis. Acta Hispanica and Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, vol. XIX, 1999, pp. 167-190.

carrera, considerando que ahí le sería menos difícil hacerlo que en México, pero al parecer hubo obstáculos que se lo impidieron.

El director de la Escuela de Medicina de Puebla aceptó que se matriculara, si bien le expuso las dificultades a las que seguramente se enfrentaría. En 1881, sustentó en la ciudad de Puebla varios exámenes de la carrera de medicina y separadamente de los cursos de física, química, zoología y botánica.

Obtuvo por unanimidad el voto de excelente en todas las materias en que fue examinada. Al acto asistieron el gobernador del estado, algunos de sus secretarios y casi todos los abogados del Poder Judicial, además de una numerosa concurrencia de todas las clases sociales. Emocionadas, las profesoras de instrucción primaria la coronaron al concluir el acto, y algunos periódicos del país rindieron tributo al saber de la mujer, dando cuenta de los brillantes exámenes sostenidos por ella en el Colegio del Estado.<sup>35</sup>

Sin embargo, los sectores poblanos más tradicionales volvieron a atacarla: cien lenguas del escándalo propagaron la noticia de que esta impúdica y peligrosa mujer pretendía convertirse en médica. Gracias a ese hecho, iba a estudiar en la Escuela Nacional de Medicina de la capital, la más prestigiada del país.<sup>36</sup>

Era 1881 y ella tenía 24 años.

<sup>35</sup> *La Sombra de Arteaga. Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Querétaro*, Querétaro, 13 de noviembre de 1881, p. 345; Luz Trillanes y Arrillaga, “Algo sobre la señorita Matilde P. Montoya”, *La Mujer*, vol. II, núm. 83, México, 1 de enero de 1882, pp. 3-4.

<sup>36</sup> Sobre la Escuela Nacional de Medicina y el resto de escuelas de medicina en el periodo, véase, Milada Bazant, *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, 1995 (1a. 1993).

## OBSTÁCULOS Y APOYOS

A finales de 1881, Matilde –regordeta, de acuerdo con los criterios de nuestra época, de cabello negro y rizado, cejas abundantes, nariz y labios pequeños– solicitó su ingreso a la Escuela Nacional de Medicina de México. En ese momento ocupaba la dirección de la institución Francisco Ortega, miembro de una familia de literatos, músicos y médicos. Matilde obtuvo pronto del doctor Ortega la autorización para hacerlo.

Más difícil le resultó convencerlo de que los cadáveres se cubrieran cuando ella iba a clase de anatomía, materia que él impartía. Algunas veces, la naturaleza del estudio exigía que el cadáver permaneciera descubierto; en esas ocasiones, sus mismos compañeros –tratando de protegerla de la crítica de la sociedad– se lo avisaban, y Matilde esperaba a que éstos se retiraran, y se encerraba sola en el anfiteatro a hacer sus disecciones.

Aun así, hasta en la prensa se le declaró destituida de todo pudor por trabajar enfrente de sus condiscípulos sobre cadáveres desnudos. Entonces, para amortiguar el escándalo, el médico militar Francisco Montes de Oca, en ese momento director del Hospital Militar, a quien se consideraba primer cirujano de la República, puso a su disposición todos los días un cadáver y los instrumentos del anfiteatro, y ahí practicó Matilde, a solas, sus operaciones y estudios anatómicos durante mucho tiempo.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> Lo mismo tendría que hacer más tarde María Montessori, quien pudo estudiar medicina gracias a una autorización del Papa, a quien convenció de que las características de la mujer eran ideales para el ejercicio de la medicina.

Por un lado, puede considerarse que ella fue afortunada pues en el anfiteatro de la Escuela Nacional de Medicina los cadáveres solían escasear, lo que algunos mozos aprovechaban para hacer cobros ilegales a los alumnos, a cambio de los cadáveres o partes de ellos que éstos necesitaban para las cátedras de anatomía y operaciones.<sup>38</sup> No fue casual que en su examen Matilde se mostrara experta en el manejo del bisturí.

Pero para imaginar lo que pudieron ser esas disecciones en soledad, basta el relato de su contemporáneo, el médico y farmacéutico Maximino Río de la Loza:

Los individuos muertos que se ponían a nuestra disposición eran asquerosos, no sólo por la clase de gente que entra a los hospitales, sino también por el abandono que antes había en estas casas de beneficencia, por la falta de recursos y otras razones. Inmediatamente que se ponía el cadáver sobre la plancha, enteramente desnudo, dejando la cabeza fuera de ella, se colocaba debajo de ésta un poco de zacate ardiendo, para destruir el pelo y parásitos que abundaban. El hedor que esto producía, el aspecto asqueroso del individuo, y el no menos repugnante del lugar, eran a la verdad motivos bastantes para hacer fuerza de voluntad al practicar las disecciones anatómicas.<sup>39</sup>

Todavía en 1887 aseguraba *El Correo de las Señoras* que “la promiscuidad de los dos sexos en los anfiteatros y en los hospitales” tenía grandes inconvenientes, pues los profesores de fisiología y de cirugía no podían explicar libremente sus lecciones.<sup>40</sup> Se refe-

<sup>38</sup> AHUNAM, *Escuela Nacional de Medicina*, Dirección, Secretaría, correspondencia general, caja 23, exp. 67, f. 444-450, 1905.

<sup>39</sup> Maximino Río de la Loza, “Algunos apuntes históricos sobre la enseñanza médica de la capital”, *La Escuela de Medicina*, vol. XI, núm. 25, 1 de febrero de 1892, p. 487.

<sup>40</sup> Sobre la defensa del pudor como argumento social y religioso contra el acceso de la mujer a la medicina en España, véase, Teresa Ortiz, “La mu-

ría, por supuesto, a Matilde, que era la única mujer que entonces estudiaba medicina en México.<sup>41</sup>

Sin embargo, no todos los catedráticos opinaban de esa manera: en una ocasión, durante su clase inaugural de anatomía, Francisco Ortega dijo a su auditorio —que ese día era toda la Escuela de Medicina— que la mayor honra de que disfrutó en su vida como catedrático, fue contar entre sus discípulos con la primera mujer inscrita en la institución. Además de Ortega, los eminentes médicos Rafael Lucio y Agustín Andrade elogiaron su constancia más de una vez en plena cátedra, señalando que era digna de imitarse por otras mujeres.

Cuando Matilde Montoya empezó a ir a clases de la carrera de medicina en la ciudad de México, todos la miraban con extrañeza. El poeta y político Juan de Dios Peza, quien había abandonado tempranamente los estudios de medicina por falta de recursos y era amigo íntimo del poeta Manuel Acuña cuando éste se suicidó en la Escuela Nacional de Medicina, diría después en el periódico *El Lunes* que él mismo dirigía: “¡Es tan raro que una mujer asista sola a las cátedras! ¡Es tan difícil quebrantar el carácter de la mujer latina que la obliga a cualquier sacrificio antes que exponer sus dotes intelectuales a la publicidad!”<sup>42</sup>

Muchos de sus condiscípulos y maestros dudaban que Matilde pudiera salvar los escollos de los textos y familiarizarse con los cadáveres, o que su delicada mano pudiera tomar el escalpelo para extirpar las raíces de un tumor negro en el macilento cuerpo

---

jer como profesional de la medicina en la España contemporánea: el caso de Andalucía, 1898-1981”, *Dynamis. Acta Hispanica and Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, vol. V-VI, 1985-1986, pp. 343-366.

<sup>41</sup> Matilde sí sufrió persecuciones de diverso tipo, a diferencia de lo que afirma Francisco Fernández del Castillo, *op. cit.*

<sup>42</sup> Juan de Dios Peza, “Matilde Montoya”, *El Lunes*, México, 29 de agosto de 1887, p. 2.

de un asilado de hospital; algunos de ellos se acercarían luego de su examen profesional y le confesarían que no habían creído que llegara a ese momento.

Al principio no asistió a la Escuela de Medicina como alumna de número sino como supernumeraria, ya que si bien había estudiado física, química, zoología, botánica y biología en la Escuela Preparatoria de Puebla, había realizado el resto de los estudios preparatorios en escuelas particulares, los cuales no eran aceptados por ninguna escuela profesional.<sup>43</sup>

Como se le negara al final del primer año de estudios el derecho a examen, Matilde elevó una petición al Congreso de la Unión para que le revalidaran los certificados de sus estudios. No le fue otorgada esa gracia; pero, en su defecto, el 12 de octubre de 1882, la Cámara de Diputados aprobó un artículo que la autorizaba –pensaba ella– a solicitar el examen de medicina. El mencionado artículo nunca tuvo carácter de ley, porque no lo sancionó la Cámara de Senadores; sin embargo, a varios alumnos en las mismas circunstancias se les había concedido examen.<sup>44</sup>

Presentó su solicitud, entonces, al licenciado Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública; éste pidió informes al director de la Escuela de Medicina, el cual aseguró que la señorita Matilde había asistido a clases “demostrando aplicación y aprovechamiento”, por lo que no encontraba inconveniente en acceder a su petición.

Seis días después de haber presentado su solicitud, y en vista del favorable dictamen de la Escuela, el presidente de la República le concedió el derecho de examen del primer año de medicina. Matilde quedó inscrita formalmente en la Escuela Nacional de Medicina el 11 de enero de 1883. Debió, sin embargo, presentar

<sup>43</sup> AHFM-UNAM, México, *Escuela de Medicina y alumnos*, vol. VIII, leg. 56, exp. 47, 13 f.

<sup>44</sup> *Idem.*

anualmente en la Escuela Nacional Preparatoria el examen de dos materias de las que había estudiado en escuelas particulares, hasta cubrirlas todas: aritmética, álgebra y geometría plana, español, latín, raíces griegas, francés y geografía.<sup>45</sup>

Esto no fue fácil porque, si bien no existía una disposición legal que prohibiese a las mujeres inscribirse en la Preparatoria Nacional,<sup>46</sup> al principio se le negó el permiso de asistir a clases ahí, prometiéndosele que más tarde se arreglarían estudios preparatorios específicos para señoritas.

En 1884, de manera injusta —según aseguraron personas competentes que habían estado presentes— la reprobó en el examen de raíces griegas el profesor Francisco Rivas, quien le hizo preguntas y tuvo omisiones indebidas. Miembros de la escuela denunciaron que antes del examen, el señor Rivas ya se había propuesto reprobarla, y varios periódicos publicaron la noticia con el encabezado de “Escándalo en la Preparatoria”. Hubo incluso rumores, luego desmentidos, de que tendría lugar un duelo entre uno de los detractores y uno de los partidarios de Matilde.<sup>47</sup>

Cuando en 1885 Matilde solicitó al secretario de Instrucción Pública que se le permitiese presentar los exámenes de la prepa-

<sup>45</sup> *Idem.*

<sup>46</sup> Varios trabajos dicen que en la reglamentación de las escuelas de educación superior no se prohibía el acceso de las mujeres. Véase, María de Lourdes Velázquez Albo, “La mujer y la academia”, en Galeana (comp.), *Universitarias latinoamericanas*, México, UNAM/FEMU/Gobierno del estado de Guerrero, 1990, pp. 219-227; también, Cecilia Galván González *et al.*, *op. cit.* Sin embargo, en la práctica, sí había obstáculos para que ingresaran a ellas, como se ve en el caso de Matilde.

<sup>47</sup> *El Diario del Hogar*, México, 25 de diciembre de 1884, p. 4; *El Correo de las Doce*, México, 25 y 28 de diciembre, pp. 3 y 3, y *El Monitor Republicano*, México, 28 de diciembre, p. 3. Las redactoras de *Violetas del Anáhuac* pidieron al licenciado Baranda la repetición del examen. Véase, también, Francisco Fernández del Castillo, *op. cit.*, Alvarado y Díaz y de Ovando y García Barragán citadas por Gabriela Cano, *op. cit.*

ratoria de ese año una vez que hubiesen concluido los de medicina, el secretario de la Nacional Preparatoria le señaló al licenciado Baranda: “Mi parecer, señor ministro, salvando el mejor de usted, es que podrá accederse a la solicitud de la interesada, en consideración a su sexo y a las dificultades que por esa causa ha tenido que luchar en sus estudios”.<sup>48</sup>

Sin embargo, Matilde nunca recurrió a su condición de mujer para lograr lo que solicitaba, sino que se apoyaba en los estatutos y reglamentos que amparaban a todos los alumnos.

<sup>48</sup> “Expediente académico de Matilde Montoya”, AHUNAM, *Archivo general*, exp. 10726, 40 f., 1873-1887.

## DE BISTURÍES Y CACEROLAS

La presencia de Matilde y otras mujeres en las escuelas nacionales reavivó viejos debates entre quienes querían constreñir a las mujeres al mundo de la vida privada, y quienes reconocían su derecho y capacidad para participar de lo público.<sup>49</sup>

Ciertos hombres, y también mujeres, identificaban al género masculino por su mente y energía, mientras que al género femenino sólo lo consideraban en función de su sexualidad y su cuerpo. En su opinión, la ley natural limitaba inevitablemente las aptitudes de la mujer, ya que las funciones cerebrales de ésta no tenían el mismo grado de firmeza que las del hombre.

Aun de conceder –decían– que las aptitudes fueran las mismas, el que aquélla desarrollara su inteligencia y cultivara su razón iba contra la conveniencia social: la actividad intelectual limitaba el vigor de las demás funciones del organismo, y siendo esto así, las vigiliadas del estudio y la continuada abstracción mental perturbarían las funciones de la maternidad, se menoscabaría la fecundidad de la mujer, o cuando menos resultaría una generación raquítica y achacosa, incapaz de servir bien a la sociedad y a la patria.

<sup>49</sup> Muchos trabajos dan cuenta de este debate en Europa y en México. Véanse, a manera de ejemplos, Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1989 (1a. 1987); Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, 1993 (1a. 1990); Julia Tuñón Pablos, *Mujeres en México. Una historia olvidada*, México, Planeta, 1987; Carmen Ramos *et al.*, *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987.

Estaban contra los que pedían el libre acceso de la mujer a todas las profesiones y carreras, lo cual consideraban una aberración, pues las damas no debían alejarse de su centro natural que era la familia. La mujer era tímida y sensible, apasionada y delicada por naturaleza; por ello, era imposible que llegara a realizar una cirugía o una amputación.

La educación de la mujer debía ser siempre menos avanzada que la del hombre; una superioridad intelectual de parte de ella sería “muy poco a propósito para su posición de compañera sumisa y muy inadecuada para conservar la paz doméstica”.<sup>50</sup>

Una posición diametralmente opuesta era la sostenida por el literato y periodista José María Vigil, para quien la mujer –como ser inteligente y racional que era– debía recibir una educación que permitiera el desarrollo de sus facultades en toda la extensión posible. Alababa a las jóvenes –como Matilde– que insatisfechas con la educación que se les solía proporcionar y rompiendo las barreras de preocupaciones profundamente arraigadas, habían ingresado a las escuelas de varones, lo que no había dado lugar a desorden alguno.<sup>51</sup>

Luis E. Ruiz –catedrático de la Escuela de Medicina y destacado higienista porfiriano– rebatía a Vigil y se manifestaba contra la posibilidad de que la mujer desempeñara la abogacía, fuera representante del pueblo, asumiera el papel de gobernante o ejerciera la medicina. Preguntaba si el fin de la mujer podía ser el mismo que el del hombre, y él mismo respondía:

Notoriamente no; cada sección de la humanidad tiene su objeto bien definido. El papel de la mujer es tan fundamentalmente importante

<sup>50</sup> Sobre estos conceptos, véanse los “Comentarios al libro de Severo Catalina”, que aparecieron en los volúmenes III y IV de *La Mujer*, México, enero 1882 y 1883; la cita es del vol. III, núm. 120, 8 de octubre de 1882, p. 1.

<sup>51</sup> José María Vigil, “Educación de la mujer”, *El Correo de las Señoras*, vol. II, núm. 38, México, 27 de enero de 1884, pp. 601-602.

en el santuario del hogar, que cualquier otra actividad a que quisiera consagrarsele (por importante que se suponga) sería miserable en comparación de sus grandiosos deberes domésticos [...] Y siendo así, se le debe educar e instruir, lo más posible, no para que compita con el hombre y lo aventaje; sino para que desempeñe, lo mejor que sea dable, su valioso papel.<sup>52</sup>

Irónicamente, como prosecretario de la Escuela de Medicina, sería Ruiz quien tres años después tendría que firmar la hoja de la carrera médica de Matilde, donde predominaban los “muy bien”, seguidos de los “perfectamente bien” y los “bien”, como puede verse:

Anatomía descriptiva, tres votos de MB (muy bien). Histología, tres votos de B (bien). Farmacia elemental, un voto de MB y dos de B. Fisiología, dos votos de PB (perfectamente bien) y uno de MB. Patología externa (1er. curso), un voto de PB y dos de MB. Patología interna (1er. curso), tres votos de MB. Clínica externa (1er. curso), dos votos de B y uno de M (medianamente). Anatomía topográfica, tres votos de MB. Patología externa (2o. curso), un voto de MB y dos de B. Clínica interna (1er. curso), tres votos de M. Patología general, un voto de MB y dos de B. Terapéutica, un voto de MB y dos de B. Medicina operatoria, un voto de MB y dos de B. Clínica externa (2o. curso), tres votos de M. Higiene, tres votos de B. Medicina legal, un voto de MB y dos de B. Obstetricia, tres votos de B. Clínica interna (2o. curso), tres votos de B. Clínica de obstetricia, tres votos de B. Patología interna, dos votos de MB y uno de B.

Estas calificaciones son magníficas, comparadas con las de la mayoría de los estudiantes de medicina de la época, y es que mientras otros discutían sobre el papel de la mujer, Matilde se aplicaba

<sup>52</sup> Luis E. Ruiz, “Artículo en respuesta al que sobre ‘La educación de la mujer’ publicó el señor J. M. Vigil”, *El Correo de las Señoras*, vol. II, núm. 40, México, 10 de febrero de 1884, pp. 630-631.

LA MUJER MEXICANA.

# DOCTORA MATILDE P. MONTOYA

De la Facultad de México

Consultorio particular para señoras  
Y NIÑOS.

Consultas todos los días de 9 á 12 p. m.

JARDIN DE GUERRERO Número 100.

**No Hace Visitas.**

## Taller de Tapiceria

CALLE DE COCHERAS No. 8.

Este establecimiento se encarga de mudanzas de casas y del arreglo de estas á precios módicos.

Especialidad en cortinajes, muebles de fantasía y camp-storas de campamas eléctricos. Tambores resortados, colchones de lana y de heno á la medida.

Es la única casa que tiene máquina Europea para coser alfombras.

Puntualidad y esmero en el trabajo

Rafael Tortos.

## RAMON C. MARTINEZ.

Ingeniero Constructor.

Gran taller mecánico para labrar madera y todo lo referente á carpintería.

Existencia constante en molduras de todas clases y precios.

28. de Degollado núm. 35.

Teléfono 1348.

Despacho, calle del Empedradillo núm. 3.—México.

## PARTOS Y ENFERMEDADES DE NIÑOS

Dr. N. R. de Arellano.—Décima de la Violeta 1018

Aplicaciones eléctricas, rayos X. En las principales Droguerías háyase las siguientes especialidades: Elixir nervino saluante, etc. Píldoras antigástricas para las enfermedades del estómago. Cápsulas antidiarreicas para las enteritis y diarreas, cualquiera que sea su origen.

## PAUL ELLE

GRAN SASTRERIA PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

2a. Estaciones 7, México, D. F.—Gran surtido de telas directamente importadas. Esta casa recibió en los tres últimos años, tres medallas de oro, dos de plata y varios diplomas.

Sucursal en Pachuca.—Precios moderados.

Satisfacción Garantizada.

LA FLOR DE MEXICO.—Esquina 1<sup>ra</sup> de las Damas y Zuleta.

Ofrece á su escogida clientela y al público en general, el mejor surtido en Pastelos, Bombones, Mazapanes y especialmente en Ramilletes para regalos.

E. TOLLANDOSA Hno.

POR UN PESO mensual, Taquígrafía [Pittman] ó Escritura en Máquina, etc., en la Academia Nocturna Mercantil anexa al Liceo Católico Científico [el colegio de niños más centrado.] Escalerillas 14.

Desca Ud. Vender sus Muebles. Ocurra á Miguel Martínez Domingos 24, quien se los pagará al contado.

TIFO, SIFILIS, PIEL NERYIOS.—DR. PORFIRIO PARRA  
Cocheras No. 1. De 8 á 10 a. m. de 3 á 5 p. m.

## CLÍNICA QUIRÚRGICA

DEL DR. RICARDO SUAREZ GAMBOA

2a. calle de Roma No. 1.—Consultas de 10 á 12 a. m.

## "EL CONEJO"

Agapito Moreno, Comerciante. Almacén de Calzado, Peletería y talabartería

Parque del Conde No. 17 y Plaza de la Aguilla No. 7  
Apartado 502. MEXICO.

a sus estudios. Llama la atención que no le hubiesen dado más de B en los cursos de obstetricia, cuando ella tenía ya el título de partera y había ejercido la profesión con buen éxito durante varios años.<sup>53</sup>

Para muchos médicos universitarios había una verdadera profesión médica integrada por hombres. Entre los “charlatanes” a los que ellos tenían que combatir se encontraban también las mujeres.

Había quien concedía que las mujeres podían llegar a ser poetisas, filósofas, historiadoras, pero, ¿médicas? Ciertamente que en los países anglosajones cada vez más mujeres se dedicaban a la ciencia de Galeno, pero, ¿en México? En este país, dicha profesión no era adaptable al sexo femenino.<sup>54</sup>

Algunos aceptaban que la mujer accediera a la ciencia médica, pero sólo para practicarla en su hogar.<sup>55</sup> Otros más pedían escuelas de medicina exclusivas para mujeres, como existían en Inglaterra.<sup>56</sup> Los más avanzados aprobaban a las médicas siempre que se dedicaran únicamente a las enfermedades de niños y de mujeres.

Esto se proponía también en otras latitudes. De acuerdo con lo relatado en *El Correo de las Señoras*, Carolina Schultze presentó en Francia, a finales de la década de los setenta del siglo XIX, una tesis en la que resaltaba las características de las mujeres que las hacían personas ideales para ser médicas. El jurado que la examinó

<sup>53</sup> El catedrático de la clínica era el médico Juan María Rodríguez, quien –de acuerdo con un periódico médico– solía tratar de mala manera a las estudiantes de partería de la clase práctica de obstetricia de la Maternidad. *La Escuela de Medicina*, vol. IV, núm. 18, 15 de marzo de 1883, p. 222.

<sup>54</sup> Citado en *El Correo de las Señoras*, vol. III, núm. 23, México, 12 de octubre de 1884, pp. 358-359.

<sup>55</sup> J. E. Monteforte, “La ciencia médica y la mujer”, *El Diario del Hogar*, reproducido en *El Correo de las Señoras*, vol. IV, núm. 28, México, 15 de noviembre de 1885, pp. 434-435.

<sup>56</sup> *La Revista* reproducida en *El Correo de las Señoras*, vol. IV, núm. 18, México, 6 de septiembre de 1885, pp. 273-274.

estaba integrado por destacados médicos, entre ellos Charcot, quien se lamentaba en el examen de que cuando las mujeres entraban al ejercicio de una profesión propia solamente del sexo fuerte, jamás se contentaban con un papel secundario, sino que querían figurar en primera fila; consideraba exorbitante la pretensión de algunas de ellas de llegar a ser internas en hospitales.

El ingreso de Matilde a la Escuela Nacional de Medicina significó un golpe a las concepciones de la mujer y de las relaciones entre los sexos entonces vigentes en México. Tanto entre sus maestros como entre sus discípulos tuvo detractores que la calificaron de intrusa y libertina, y la atacaron de continuo. Sin embargo, tuvo también defensores, para los que era una mujer ejemplar; éstos se convirtieron en una sólida corriente de apoyo, identificada socialmente como “los Montoyos”, que desempeñó el papel de escudo de Matilde durante los años que duraron sus estudios.<sup>57</sup>

Con estas opiniones encontradas, la sociedad estuvo siempre atenta a su vida académica. Estudiantes de todas las escuelas profesionales tenían inquietud por saber cuándo sería su examen profesional; por fin, un día apareció la fecha en la tabla de avisos y un numeroso contingente de aquéllos asistió al mismo con excitación y curiosidad.

Al igual que los miembros de la Escuela de Medicina, algunos de estos estudiantes se oponían a la pretensión de Matilde de convertirse en médica o, al menos, eran escépticos; mientras que otros creían en su capacidad y la apoyaban abiertamente.

Matilde recibió, asimismo, adhesiones de miembros de la sociedad ajenos a la Escuela de Medicina: legos y académicos, mujeres y hombres, ciudadanos comunes y gobernantes. Sin ese estímulo, no le hubiera sido posible salir avante. Cuando era estudiante, el gobierno le dio una mensualidad de 40 pesos, y los gobernadores

<sup>57</sup> Palabras de Magdalena Taboada en el homenaje realizado a Matilde Montoya en 1988, en la ciudad de México.

de Morelos, Hidalgo y Puebla le señalaron pensiones útiles, aunque pequeñas. El general Terán, gobernador de Oaxaca, la nombró recolectora de pus vacuno (para vacunación contra la viruela) en esa capital, con sueldo de 30 pesos mensuales. En más de una ocasión, el presidente de la República le dio alguna cantidad para comprar libros de texto o un pequeño estuche de cirugía. Dejó de contar con esos apoyos cuando se recibió, pero tuvo clientela de inmediato.

El debate continuó. Muchos siguieron sosteniendo que, por su sexo, la mujer era frágil y sentimental, y que el ingreso de ésta a la vida profesional socavaría a la familia, fundamento de la sociedad y base del orden natural, así como a la maternidad, que era un deber moral.

## ¿PROFESIÓN MÉDICA VERSUS ESENCIA FEMENINA?

Quienes investigan los orígenes de la medicina suponen que las mujeres cumplieron siempre funciones de atención a la salud por su estrecha relación con los hijos; ellas eran médicas, anatomistas, cirujanas y farmacólogas, y se transmitían unas a otras sus secretos.<sup>58</sup>

Cuando los estudios de medicina se institucionalizaron en el siglo XIII, las universidades dictaron normas prohibiendo el acceso de mujeres a esa formación. Dicha situación se mantuvo durante casi seis siglos, con algunas excepciones.<sup>59</sup>

Hacia 1887 en México la actividad de las mujeres médicas se desarrollaba en el marco de la medicina indígena y popular; pero no tenía un estatus profesional. Matilde fue la primera médica universitaria; la primera médica en sentido masculino, podría decirse.

No puede asegurarse que todos los liberales hayan estado a favor del ingreso de las mujeres a las profesiones liberales, pero todos los médicos que realmente apoyaron a Matilde eran liberales “de armas tomar” (metafórica y literalmente).

Desde que era estudiante, al igual que muchos de sus maestros y condiscípulos, Manuel Soriano había luchado al lado de los li-

<sup>58</sup> Bárbara Ehrenreich y Deirdre English, *Witches, Midwives and Nurses. A History of Woman Healers*, Nueva York, Writers and Readers, 1984; Anne Oakley, *The Captured Womb*, Gran Bretaña, Blackwell, 1972; Evelyn Reed, *Woman's Evolution from Matriarchal Clan to Patriarchal Family*, Nueva York, Pathfinder Press, 1975.

<sup>59</sup> Bárbara Ehrenreich y Deirdre English, *op. cit.*; Teresa Ortiz, *op. cit.*

berales y, en 1859, fue uno de los pocos que logró escapar cuando los conservadores tomaron un hospital de sangre en la ciudad de México y fusilaron a los médicos y estudiantes de medicina que estaban trabajando ahí. Durante la guerra con Estados Unidos, Francisco Ortega y del Villar había colgado la toga de facultativo para empuñar la espada agregado al batallón “Hidalgo”, y se había batido en los campos de Churubusco, el Peñón y San Antonio. Apenas salido de las aulas, Francisco Montes de Oca había luchado en Puebla contra los franceses.

En cambio, coincidían en oponerse al ingreso de las mujeres a la educación superior los conservadores y la mayoría de los positivistas, entre estos últimos, Horacio Barreda, hijo de Gabino Barreda, introductor de la filosofía comtiana en México.<sup>60</sup>

El también positivista e historiador de la medicina Francisco Flores publicó su gran *Historia de la medicina en México* cuando Matilde Montoya estaba a punto de obtener su título. Se preguntaba en esta obra: “¿Podrá la mujer, por más que esté animada de la mejor voluntad, desempeñar el ejercicio de tan escabrosa profesión en todos sus ramos?”<sup>61</sup> para razonar después que en el “sexo débil” dominaban la imaginación y el sentimiento; por ello, aunque las mujeres pudieran destacar en los estudios teóricos de la medicina, en la práctica —que a veces ponía en la mano del médico el “cuchillo homicida” y lo urgía a obrar sin espera, y que demandaba sangre fría e indiferencia al sufrimiento que la mujer no tenía—, era poco probable que ésta saliera airosa del nuevo y extraño papel que en la sociedad quería desempeñar.

Varios autores han señalado que, en el siglo XIX, médicos y farmacéuticos promovieron ese mito de la fragilidad femenina,

<sup>60</sup> Veáanse los textos de Horacio Barreda acerca de los peligros del feminismo, originalmente publicados en la *Revista Positiva*, en Lourdes Alvarado (comp.), *El siglo XIX ante el feminismo*, México, UNAM, 1991.

<sup>61</sup> Francisco Flores, *op. cit.*, p. 264.

con lo que buscaban el doble objetivo de asegurarse pacientes, y desterrar a las mujeres de las profesiones sanitarias.<sup>62</sup>

Francisco Flores decía a propósito de los estudios de la mujer:

En buena hora que se dedique a la música, ese idioma de los ángeles, puesto que ella le habla al sentimiento; en buena hora que se consagre a la pintura, ese remedo de las obras de Dios, puesto que ella le habla a la imaginación, y en buena hora todavía, que emplee sus ocios en cultivar la literatura hablando el lenguaje de las Musas [...] pero que no se nos presente, aunque sea llena de ciencia, escudriñando las miserias de la humanidad y rompiendo, voluntariamente, el velo de su sencillez e inocencia [...] La mujer que entre nosotros, quizá después de miles de reveses y decepciones, abraza esa carrera, consagrándose a su sacerdocio, formará, sin duda, una rara excepción. Ella podrá, no lo dudamos, llegar a ser una buena partera; quizá una regular médico; pero la cirugía... la cirugía creemos siempre será para ella el insondable abismo que le impedirá que siga adelante, y la terrible esfinge que le estará siempre recordando a la memoria que erró su vocación.<sup>63</sup>

Llamaba a las mujeres a no trocar “la rueda por el bistorí, la formación de la familia por la voluble clientela, [ni] la vida tranquila de la casa por la bulliciosa del mundo”.<sup>64</sup>

Ya habían pasado ocho años del examen profesional de Matilde cuando *El Tiempo* publicó un artículo sobre la educación de la mujer, asegurando que era desagradable que ésta quisiera tener conocimientos que estaban muy por encima de sus naturales aptitudes, y que eran propias del sexo fuerte. Las mujeres debían estu-

<sup>62</sup> Bárbara Ehrenreich y Deirdre English, “Inválidas o contagiosas. Sexismo en el saber y la práctica médica”, en Cardaci y Álvarez (comps.), *De cómo fuimos perdiendo nuestros cuerpos*, México, UAM, 1980, pp. 57-142.

<sup>63</sup> Francisco Flores, *op. cit.*, pp. 264-265.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 265.

diar sólo la primaria y algunos conocimientos “de adorno”, como las bellas artes, en caso de ser ricas; las pobres podrían estudiar la primaria y algún oficio propio de su sexo y relacionado con su condición social. Lo principal para unas y otras era el hogar, al cual las destinaba su naturaleza moral. Si a causa de una educación viciosa se les sacaba de su centro, la sociedad se desquiciaría.<sup>65</sup>

Dos años más tarde, el prolífico historiador Jesús Galindo y Villa hacía un llamado en representación de la Sociedad “Antonio Alzate”, primero ante el II Concurso Científico Nacional de 1897, y después ante el Congreso de la Unión, para no encargar a las mujeres “ejercicios profesionales de los hombres”. Al dedicarse a las profesiones científicas que eran patrimonio de éstos, las mujeres sacrificaban el pudor y la delicadeza de las costumbres. Si acaso pudiera aceptarse que las mujeres realizaran una actividad profesional, sería para evitar la prostitución y sólo durante el celibato. Como Ruiz, aseguraba que el hombre casado con una profesional temería que su mujer lo superara en instrucción.<sup>66</sup>

Se pronunciaba por negar la emancipación de la mujer, pues con ella se destruiría el equilibrio social: “Cada inteligencia femenina que acude a las aulas [...] es una mujer más que deserta de las filas consagradas al hogar; es una familia menos que contribuye a la firmeza del Estado”.<sup>67</sup> Según él, las mujeres que estudiaban también eran arrebatadas a Dios, pues la emancipación quitaba a la mujer hasta la creencia religiosa. Las féminas no debían abandonar su cardinal hegemonía: la del hogar. Existía una división del trabajo natural; la igualdad de los sexos no existía ni podía existir.

<sup>65</sup> “La enseñanza de la mujer”, *El Diario de Jalisco*, reproducido en *El Tiempo*, México, 10 de agosto de 1895 (Colección Lafragua s/p.).

<sup>66</sup> Jesús Galindo y Villa, “Breves consideraciones sobre la educación de la mujer”, *Revista de Instrucción Pública*, vol. II, núm. 15, 15 de octubre de 1897, pp. 448-461.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 455.

Entre médicos, biólogos y psicólogos había la creencia generalizada de que el órgano directriz de la personalidad femenina era el útero, en tanto que el cerebro lo era de la de los hombres.<sup>68</sup> Dice Verena Radkau que “la fundamentación de las diferencias sociales sobre bases biológicas, y por tanto fuera del control humano, se ofrecía como *deus ex machina* para la cimentación del *statu quo*”.<sup>69</sup> En efecto, el propio Galindo y Villa citaba a Walker, para quien el cráneo de la mujer estaba entre el del hombre y el del niño; a Richet, que decía que por sus circunvoluciones cerebrales la mujer se aproximaba a las razas humanas inferiores;<sup>70</sup> a Letorneau, que aseguraba que las mujeres reflejaban pero no creaban, pues jamás habían destacado en las ciencias y no tenían tiempo para pensar, pues estaban sojuzgadas por su sensibilidad; a Proudhome, quien sostenía que las mujeres eran moralmente inferiores, y que no habían creado ni las palabras que servían para las ideas abstractas: relación, causa, cantidad, espacio, tiempo; a Lombroso, que hablaba de la inferioridad fisiológica de la mujer respecto del hombre; y a Comte, para quien la fuerza de la mujer radicaba en superar su dificultad para obedecer.<sup>71</sup>

A todas estas ideas, otras y otros oponían la fuerza de los hechos. Tal fue el caso de la defensora de la educación femenina, Gimeno de Flaquer, quien hizo un recuento histórico de la aptitud de las mujeres para la ciencia de curar desde la más remota antigüedad. Señalaba que en las primeras grandes culturas, habían sido mujeres las diosas de la medicina, como Isis, entre los egipcios. Mencionaba a Lucina, Medea y Circe, como mujeres médicas entre los griegos. Las mujeres de Argos eran conocidas por sus herbarios, y de las druidas se decía que curaban lo incurable.

<sup>68</sup> Geraldine Scanlon citada por Teresa Ortiz, *op. cit.*

<sup>69</sup> Verena Radkau, *Por la debilidad de nuestro ser. Mujeres del pueblo en la paz porfiriana*, México, Cuadernos de la Casa Chata 168/SEP, 1989, p. 7.

<sup>70</sup> El sexismo, con frecuencia, se presentaba ligado al racismo y al clasismo.

<sup>71</sup> Citados por Jesús Galindo y Villa, *op. cit.*

En la Escuela de Salerno, varias mujeres desempeñaron un importante papel. Agnodice recibió permiso de los griegos para ejercer la medicina, para la que poseía extraordinarias cualidades. Una mujer acompañó a Luis IX y su familia en las Cruzadas de 1520 en calidad de médica. Madame Brees hizo un brillante examen en la Universidad de París, después de lo cual obtuvo un puesto en el serrallo de Constantinopla. Tuvieron conocimientos médicos santa Ildegarda, santa Redegunda y santa Isabel de Hungría. Madame Gaplion destacó también en medicina. Voltaire escribió que sus ojos habían sido úlceras hasta que una mujer había curado lo que no habían podido los doctores. La española Olivia Sabuco des Nantes escribió un libro sobre anatomía, en el siglo XVI, y Abella, napolitana nacida en Salerno, un tratado sobre la bilis negra en el siglo XIII.<sup>72</sup>

A Matilde la siguieron mujeres dispuestas –en palabras de Wright de Kleinhans– “a arrancar de sus ojos la espesa venda de la ignorancia”,<sup>73</sup> y a elevar a su sexo por encima de una sociedad injusta por naturaleza y antagonista por sistema. Después de ella y hasta el comienzo de la revolución en 1910, se recibieron en México seis médicas.

Pero, si para algunos la mujer no podía ser médica debido a sus características; otros aseguraban que precisamente por ellas sería mejor médica que los hombres. Es decir, planteaban estereotipos

<sup>72</sup> Concepción Gimeno de Flaquer, *op. cit.* Un trabajo contemporáneo sobre la participación de las mujeres en el trabajo científico es el de Margaret Alic, *El legado de Hipatia. Historia de las mujeres en la ciencia desde la Antigüedad hasta fines del siglo XIX*, México, Siglo XXI, 1991, el cual tiene un capítulo titulado “De la alquimia y las yerbas: químicas y médicas de la revolución científica”.

<sup>73</sup> Laureana Wright de Kleinhans, “La emancipación de la mujer”, *La Mujer Mexicana*, vol. II, núm. 10, México, 15 de octubre de 1905, pp. 1-2: 2. Sobre el tema, véase Lourdes Alvarado, “‘Abriendo brecha’. Las pioneras de las carreras liberales en México”, *Universidad de México*, núm. 596, 2000, pp. 11-17.

**DOCTORA MATILDE P. MONTOYA**  
**De la Facultad de México**

**Consultorio Particular para Señoras  
y Niños.**

*Consultas todos los días de 9 á 12 p. m.*

Jardín de Guerrero Número 100.—No Hace Visitas.

---

**Licenciado**  
**María Sandoval de Zarco.**

**Primera de la Santísima Número 7.**

**HORAS DE DESPACHO: DE 3 A 5 P. M.**

Arregla toda clase de asuntos relativos á su profesión.

**México, D. F.**

---

**Columba Rivera**

**Doctora de la Facultad de México.**

**Especialista en enfermedades de Señoras.**

Recibe todos los días de 9 á 11 a. m. y de 3 á 5 p. m. Cocheras No. 27.

---

**DOCTORA**  
**GUADALUPE SANCHEZ.**

**De la Facultad de México.**

**Ofrece sus servicios en la 2a. Calle de Guerrero No. 20**

femeninos, pero a la inversa. Para “Cero a la Izquierda”, el admirador anónimo de Matilde, la mujer era fuente inagotable de ternura y poseía los dones de la comprensión y de la adivinación; además, igual al hombre en inteligencia, le era infinitamente superior en constancia. Por todo eso, las mujeres estaban mejor capacitadas que los hombres para ejercer la ciencia de la medicina.<sup>74</sup>

Matilde Montoya se recibió cuando era director de la escuela el doctor Manuel Carmona y Valle, pues poco antes había fallecido el doctor Francisco Ortega. Pero si el título de médica significó para Matilde la fe pública, quizá limitó sus opciones personales.

Se había amenazado, más de un vez, a las que quisieran convertirse en profesionistas de que se quedarían solteras. Matilde, en efecto, nunca se casó ni dio a luz. No es posible saber hasta qué punto esto se debió al rechazo de los hombres a una mujer profesionista o a la exagerada “virtud” que ella tuvo que mostrar para contrarrestar las críticas de buena parte de la sociedad; así como a las advertencias de su madre, quien, cuando iba a ingresar a la Escuela de Medicina, le había dicho que iba a estar entre jóvenes aturdidos que al verla entre ellos tratarían de enamorarla.

Le arrancó la promesa de que nunca aceptaría relaciones con ninguno de sus condiscípulos, porque este solo hecho la haría perder el respeto de todos los demás. La convenció de que al ponerse bajo las miradas de toda una sociedad, su conducta debía ser inmaculada, para que demostrara que la ciencia no estaba reñida con la virtud, y le advirtió que si cometía una acción que la degradara ante sus ojos, el remordimiento de haberla expuesto ella misma la obligaría a quitarse la vida.

Por si esas amenazas no hubieran bastado, durante los dos años en que Matilde pudo asistir, por fin, a la preparatoria, se sentó en un pupitre al lado de su hija, o la esperó a las puertas de los salones y labo-

<sup>74</sup> “Cero a la Izquierda”, *op. cit.* Algo similar se había dicho respecto de la “delicada finura de las manos” de la mujer dentista. Gabriela Cano, *op. cit.*; *La Voz de México* citada por Martha Díaz de Kuri, *op. cit.*

ratorios de la Escuela de Medicina. Después, la dejó sola, pero siguió yendo a buscarla a la salida de las clases que se prolongaban hasta el anochecer, y juntas volvían a su casa de Perpetua núm. 4.

Pero a pesar de lo intachable de la conducta de Matilde, hubo muchos intentos de calumniar su vida privada con argumentos infundados; por eso, también se le defendió constantemente en ese plano.

En *El Tiempo* se señalaba que no había en su conducta moral y social punto oscuro que mancillara su comportamiento; mientras que el periódico de la Sociedad Hahnemann, de filiación homeopática, decía que la señorita Matilde había salido de las aulas “con su honra ilesa”, lo cual era de llamar la atención no porque en aquéllas hubiera disipación, “sí porque en medio de una juventud bulliciosa y de una edad inmoderada, [ella] supo dirigir la barca de su destino sin que zozobrara en la duda”.<sup>75</sup> Era una época en la que a la mujer se le valoraba por su moralidad, y Matilde Montoya no podía escapar a eso.

Que Matilde debió resultar tanto atractiva como inaccesible para algunos de sus compañeros, parece comprobarlo el artículo de “Cero a la Izquierda”, quien la definió como “El espíritu de Galeno animado por la forma escultórica de Venus”; además de asegurar que, sin duda, aumentarían después de su examen las estadísticas de enfermedad, pues habría muchos que guardarían cama sólo por tener el placer de contemplarla a su cabecera. Juan de Dios Peza, por su parte, la llamó “Ornato de su sexo y gala de nuestra Patria”. Pero quizás en esa época, en efecto, una mujer necesitaba mantenerse fuera de la vida matrimonial para acceder a una carrera científica, particularmente a la de medicina.

Eso sí, Matilde siempre tuvo amigos. “Cero a la Izquierda” decía haber seguido sus estudios y escrito en gacetillas frases de estímulo cuando la veía pronta a dejar caer el libro o el bisturí cortante por la lasitud de la vigilia.

<sup>75</sup> *La homeopatía*, vol. I, núm. 4, 5 de diciembre de 1893, p. 32.

Otro de sus condiscípulos, que se firmó “XYZ”, diría que gracias a su intachable conducta, a su esmerada educación y a la firmeza de su carácter, Matilde había logrado que sus compañeros y maestros fueran caballerosos con ella; pero, debido a su sencillez y bondad, así como a su apoyo a las decisiones comunes –por ejemplo, no asistir a una clase en son de huelga–, se había ganado también su estimación y había dejado gratos recuerdos a quienes habían sido sus condiscípulos.

De acuerdo con este mismo médico, Matilde daba a aquéllos muestras de afecto después de los exámenes en que acababan exhaustos ante jurados a los que temían más que a un ejército invasor: “Sus compañeros de estudio recordaremos toda la vida aquellos trabajos y aquellos sustos que teníamos en tiempo de exámenes [y] cómo nos sabía aquel abrazo de compañerismo cuando salíamos aprobados”.<sup>76</sup>

Para celebrar su examen profesional, varios estudiantes de medicina abandonaron el bisturí y empuñaron la muleta –como en otras ocasiones hacían, por ejemplo, a beneficio de algún hospital–. A Matilde no debió de importarle que la corrida de toros con que la obsequiaron fuera desastrosa. En cambio, *El Hijo del Ahuizote* no pudo dejar de ironizar, augurándoles a los futuros médicos una gran clientela en vista de que no sabían matar. Luego, otros amigos de Matilde (Juan Shoot, Abelardo Carrillo, F. Serna, Eleazar García y los cajistas del *Monitor del Pueblo*) propusieron al diestro Ponciano Díaz una corrida de toros a beneficio suyo, que se realizó en la plaza de Colón. Posteriormente hubo problemas porque de las ganancias de la corrida, 600 pesos, a ella sólo le dieron 194, cuando se le había prometido la mitad de éstas.<sup>77</sup>

<sup>76</sup> “XYZ”, “La recepción de la señorita Matilde Montoya”, *El Tiempo*, México, 28 de agosto de 1887, p. 4.

<sup>77</sup> En ella –de acuerdo con las crónicas– también hubo contratiempos: Barreras se lastimó al dar el salto sobre el toro; Tanganito quedó fuera de combate al poner el primer par de banderillas; Atenógenes llevó una caída

Finalmente recibió 294 pesos, pero decidió, a causa de los problemas suscitados con el torero Ponciano Díaz, no emplearlo para su beneficio personal sino formar un fondo para atender gratuitamente y proporcionarle medicinas a algunas enfermas desprovistas de recursos.

En efecto, veinte días después de haber obtenido su título, abrió un consultorio gratuito en San Lorenzo 24. Matilde Montoya había aprendido de su madre a ver la medicina como sacerdocio (idea que defendió en su tesis profesional) y no como objeto de lucro, y siempre tuvo un consultorio de paga y uno gratuito. (Su consultorio de paga quedó instalado en Medinas 18; vivía, entonces, en Pila Seca 4.)<sup>78</sup>

El consultorio de Matilde llegó a tener una época de gran esplendor. Evidentemente ella soñaba con la maternidad, pues adoptó entonces a varios jóvenes, hombres y mujeres. Relata uno de los descendientes de Matilde que, con excepción de Esperanza Herrera Vega, estos muchachos fueron muy ingratos con ella e incluso la negaron.<sup>79</sup>

Dice también que la primera médica mexicana era buena cocinera: “Fue tradicional y calificado como ‘bocado de cardenal’ el pipián rojo de pepita con dos ramitas de tomillo, que la tía Matilde preparaba una vez al año para festejar en familia su cumpleaños”.<sup>80</sup>

Matilde no destacó en el desarrollo de la ciencia médica, pero sí en el ejercicio de su profesión; los anuncios, posteriores a 1887,

---

que pudo haber sido de consecuencias; y *el Trigueño* estuvo a punto de sufrir una cogida. Aunque Atenógenes y el propio Ponciano se lucieron, *El Diario del Hogar*, México, 11 de octubre de 1887, p. 3.

<sup>78</sup> Como partera había atendido en Ortega 22. En 1904 anunció su consultorio en Jardín de Guerrero 100, y tuvo, al mismo tiempo, otro consultorio en Mixcoac, límites con Tacubaya. (El de Guerrero era gratuito y el de Mixcoac de paga.)

<sup>79</sup> Alberto Soliz Ladrón de Guevara, comunicación personal.

<sup>80</sup> *Idem*.

la muestran como médica de mujeres y de niños. La Federación de Asociaciones de Médicas Mexicanas la definiría más tarde como “heroína intelectual del ejercicio cotidiano”.

Sus pacientes le tenían confianza, y ella tenía paciencia para curar a los niños. Sus defensoras dirían que la Montoya, lejos de perder su pudor, había defendido el de las mujeres, herido por la mirada de los médicos. Hay que considerar que en la época en que ella empezó a ejercer la medicina, los médicos trataban de intervenir en la atención al embarazo, el parto y el puerperio, que hasta entonces habían sido actividades básicamente femeninas.<sup>81</sup> De acuerdo con algunos autores, la vergüenza femenina se convirtió en “una estrategia de resistencia a la accesibilidad del cuerpo de las mujeres por parte de los hombres”.<sup>82</sup>

Columba Rivera, segunda médica mexicana, se dedicó también a la atención de niños y mujeres. Las primeras médicas optaron casi siempre por ese camino, que debió de ser el más atractivo para ellas, y prácticamente el único que se les dejaba abierto; por eso en el siglo XIX los tocólogos fueron los más afectados por las médicas exitosas.

Sin embargo, no creo que sea correcto pensar que las primeras mujeres que se recibieron de médicas se hayan dedicado exclusivamente a la obstetricia,<sup>83</sup> sino a los más amplios campos de la ginecología y la pediatría. Matilde anunciaba que trataba “enfermedades de la cintura”, nombre genérico con que popularmente se denominaba a problemas tales como desgarradura perineal, prolapso de la vagina, descenso del útero o infección de los órganos expuestos.

<sup>81</sup> Ana María Carrillo, *op. cit.*

<sup>82</sup> Montserrat Cabré I Parent y Fernando Salmón Muñiz, “Poder académico *versus* autoridad femenina: la Facultad de Medicina de París contra Jacoba Félicie (1322)”, *Dynamis. Acta Hispanica and Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, vol. XIX, 1999, pp. 55-78.

<sup>83</sup> Gabriela Cano, *op. cit.*

La Montoya estuvo excluida, durante toda su carrera profesional, de las fraternidades formales de los médicos alópatas; sin embargo, fue conocida y estimada en los círculos académicos del país, y en asociaciones de médicos homeópatas –otros excluidos que tuvieron que luchar por su reconocimiento y que lograron la institucionalización de su enseñanza y su práctica también en el porfiriato.

Si bien entre los homeópatas había quienes defendían la idea de que a los hombres les correspondía el predominio de la inteligencia y de la fuerza, mientras que a las mujeres les tocaba el de la belleza,<sup>84</sup> otros fueron partidarios de la participación de la mujer en la medicina.

El homeópata Crescencio Colín criticaba en 1887 al editor “Galeno” de *La Voz de Hipócrates*, que “nos obsequió en uno de sus últimos artículos contra las señoras médicas”. El propio Colín se refería a Matilde Montoya, hacía poco recibida, como “la digna y justamente celebrada profesora”.<sup>85</sup>

Cuando en 1893 la Sociedad Hahnemann daba su pésame a Matilde por la muerte de su madre, decía que la doctora Montoya era simpática para la sociedad por haber roto los tradicionales lazos de la mujer.<sup>86</sup> Quizá esta apertura haya influido en el hecho de que Matilde aprendiera a manejar los medicamentos homeopáticos con los cuales trataba a su clientela que carecía de recursos, puesto que eran más baratos, lo mismo que a los pacientes que así lo deseaban.<sup>87</sup>

<sup>84</sup> *La homeopatía*, vol. I, núm. 21, 5 de mayo de 1895, pp. 164-165.

<sup>85</sup> Crescencio Colín, 1887, “La libertad de profesiones”, *La Reforma Médica*, vol. III (2a. serie), núm. 2, 10 de noviembre de 1887, pp. 62-66.

<sup>86</sup> *La homeopatía*, vol. I, núm. 4, 5 de diciembre de 1893, p. 32.

<sup>87</sup> Alberto Soliz Ladrón de Guevara, comunicación personal.

## LA MONTOYA Y EL FEMINISMO

Matilde participó en agrupaciones feministas que perfilaban el papel de la mujer en el México de su tiempo: la Asociación de Médicas Mexicanas, fundada el 5 de mayo de 1925, contó con ella como socia;<sup>88</sup> fue asimismo socia de número del Ateneo Mexicano de Mujeres y colaboradora de *Las Hijas del Anáhuac*.

También asistió a congresos: Matilde Montoya y Columba Rivera fueron representantes distinguidas en la Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres, que se llevó a cabo en la ciudad de México, del 20 al 30 de mayo de 1923. Algunos periódicos, como *Excelsior*, hablaron de la reunión como “peligroso foco de inmoralidad”, pues en ella se discutió la aceptación del amor libre, la abolición del matrimonio y la restricción de la natalidad, si bien estas propuestas no fueron aceptadas por la mayoría del Congreso; se debatió también la abolición de la pena de muerte, el desarme universal y el combate a la trata de blancas, ante el horror de quienes alertaban contra el peligro de acabar con el candor y pudor de las mujeres mexicanas.<sup>89</sup>

<sup>88</sup> La medalla “Matilde P. Montoya” para médicas distinguidas en la profesión fue creada por la Federación de Asociaciones de Médicas Mexicanas, sucesora de esta Asociación, en 1979. Para conmemorar el centenario del examen profesional de la primera médica mexicana, se colocó un busto suyo enfrente del Centro Médico Nacional. Sin embargo, la placa que lo acompañaba ha sido robada.

<sup>89</sup> Sobre el desarrollo de la Conferencia consultar *El Universal y Excelsior*, 20-30 de mayo de 1923.

Pero, aunque Matilde Montoya luchó contra prejuicios sociales, posiciones sexistas y cánones establecidos, nunca buscó atraer demasiada atención hacia sí misma; por eso no es fácil seguir el desarrollo de su vida profesional.

Sabemos que siguió trabajando sin interrupción, incluso durante los años de la lucha revolucionaria; si bien el movimiento armado debió de afectarla como afectó al resto de la sociedad. Sabemos también que ganó prestigio, y que recorría incansablemente calles y plazas. El doctor Francisco Fernández del Castillo sugiere en su artículo sobre la primera médica mexicana que ésta dejó constancia escrita de todos sus años de ejercicio profesional;<sup>90</sup> pero los documentos cayeron en manos de coleccionistas.<sup>91</sup>

Atendió a sus pacientes con toda actividad hasta los 73 años, en que se retiró de la vida profesional debido a su estado de salud. En agosto de 1937 diversos grupos de mujeres intelectuales, como la Asociación de Médicas Mexicanas, la Asociación de Universitarias Mexicanas, el Ateneo de Mujeres y otras agrupaciones científicas de México, celebraron en la sala Manuel M. Ponce, del Palacio Nacional de Bellas Artes, su jubileo profesional —es decir, los cincuenta años del inicio del ejercicio de su profesión.<sup>92</sup>

Para que Matilde pudiera estar presente en el acto, varios de sus familiares y amigos viajaron a Puebla donde ella vivía, al parecer en el mayor abandono, en un cuartucho de la casa de un médico poblano, quien era uno de sus hijos adoptivos, y la llevaron a la ciudad de México.<sup>93</sup>

Ese reconocimiento fue el último. Cinco meses más tarde, el 26 de enero de 1938, a las 4:50, después de una larga y penosa enfermedad, falleció en la casa núm. 9 del callejón del Recreo, en el barrio de Actipan, municipio de Mixcoac (casa de su sobrina

<sup>90</sup> Que estaban al cuidado de Aurora Uribe.

<sup>91</sup> Francisco Fernández del Castillo, *op. cit.*

<sup>92</sup> *El Universal*, México, 24 de agosto de 1937, p. 4.

<sup>93</sup> Alberto Soliz Ladrón de Guevara, comunicación personal.

Matilde Ladrón de Guevara y Gómez),<sup>94</sup> “con todos los auxilios espirituales”; tenía entonces 79 años.

Su hija adoptiva Esperanza –que era concertista– no estuvo a su lado en ese momento, pues junto con su familia había salido de gira a Europa, y estaría presa en un campo de concentración alemán de 1939 a 1945.<sup>95</sup>

La vida de Matilde Montoya había transcurrido a lo largo de varias épocas: nació en los albores de la Guerra de Reforma; cuando era niña, tuvo lugar la Intervención Francesa; se formó como partera en la República Restaurada, y como médica, durante el Porfirismo; ejerció en ese periodo, pero también en el México revolucionario y en el posrevolucionario.

A su muerte, la Academia Nacional de Medicina sí le dedicó unas líneas “a la distinguida profesionista, a quien cupo la honra de ser la primera mujer que obtuvo el título de médico cirujano”.<sup>96</sup>

Recibieron el duelo y le publicaron esquelas, los doctores Agustín Galindo –buen amigo suyo, al lado del cual Matilde había trabajado un tiempo en Puebla, al inicio de su carrera– y José Ladrón de Guevara –condiscípulo que obtuvo su título casi al mismo tiempo que ella, partidario y amigo leal de toda la vida, y esposo de su sobrina–. ¿Eran ellos, quizá, “Cero a la Izquierda” y “XYZ”?

Los propios Galindo y Ladrón de Guevara presidieron el sepelio al que asistieron las agrupaciones femeniles a las que Matilde pertenecía. Se le despidió en el Panteón Civil.<sup>97</sup> Antes de descender

<sup>94</sup> Busqué esta dirección con la esperanza de encontrar huellas de la vida de Matilde Montoya. La calle aún existe, pero la casa fue destruida por la construcción de avenida Patriotismo.

<sup>95</sup> Alberto Soliz Ladrón de Guevara, comunicación personal.

<sup>96</sup> “La doctora Matilde P. Montoya”, *Gaceta Médica de México*, vol. LXVIII, núm. 3, junio de 1938, p. 288.

<sup>97</sup> Su tumba se encuentra en el segundo terreno, lote línea G, sepulcro 9, del Panteón de Dolores de la ciudad de México. Estaba, puede decirse, perdida, y fue reencontrada por el señor Alberto Soliz Ladrón de Guevara.

el féretro, hablaron ante él Margarita Delgado, de la Asociación de Médicas Mexicanas,<sup>98</sup> Sara Zenil, de la Asociación de Universitarias Mexicanas<sup>99</sup> y Leonor Llach del Ateneo Mexicano de Mujeres.<sup>100</sup>

Se despedía de esa manera a la mujer que desoyendo sátiras y augurios pesimistas, y luchando contra la tenaz oposición de los que estaban en contra de la educación femenina, había realizado un sueño que para unos había sido reprobable; para otros, ridículo o al menos imposible; para otros más, heroico.

Desde una perspectiva, la vida de Matilde Montoya puede verse como la de una mujer extraordinaria que se atrevió a desafiar las reglas sociales establecidas. Por otro, es sólo el primer eslabón de una lucha de cientos de mujeres por ingresar a las universidades y a las profesiones liberales, en la que a veces también tuvieron el apoyo de los varones.

<sup>98</sup> De esta asociación también estuvieron presentes Matilde Rodríguez Cabo, Esther Chapa, Clementina Torres, Emilia Leija, Paz de Ortiz, Refugio Zárate, Aurora Uribe, Ignacia Moreno, Esperanza Otero, Soledad Luna y María C. de Amerena. *Excelsior* (segunda sección), México, 27 de enero de 1938, p. 2; *El Universal*, México, 27 de enero de 1938, p. 6.

<sup>99</sup> En representación de la cual también asistieron las doctoras Sara Puente, Victoria Junco, Blanca Eulalia Martínez y Rosa Filati. *Idem*.

<sup>100</sup> Otras socias del Ateneo que estuvieron ahí fueron Amalia de Castillo Ledón, Julia Nava de Ruisánchez, Esperanza y Otilia Zambrano, Laura Palavicini y Enriqueta de Parodi. *Idem*.



ADMINISTRADOR: SEÑOR IGNACIO PUJOL      DIRECTORA LITERARIA: SEÑORA LAUREANA WRIGHT DE R.



SEÑORITA MATILDE P. MONTOYA.

**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en noviembre de 2002

Diseño de portada  
**Retorno Tassier, S.A. de C.V.**  
Río Churubusco núm. 353-1  
Col. General Anaya  
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por  
**DEMAC**